

si es de alta jerarquía, ve en una esfera más elevada que el resto de los mortales: difícilmente llega hasta él la verdad, pocos saben conocerla, porque por todas partes los rodea el error, y los agobia la lisonja: en una palabra, son hombres, y como dice San Agustín, no les es extraño cuanto á la humanidad se refiere. ¿Quién de nosotros tan propensos á criticar dejaría de participar de esos errores, si se hallase en su lugar? En la historia que nos ocupa, faltaba un hombre bastante malvado, para inventar la calumnia, y bastante hábil para hacerla aceptar en las alturas, para explotarla en seguida. Para perfeccionar más y más la santidad de su siervo permitió Dios que hallase tal hombre el demonio.

Pero, hechas estas salvedades muy conformes con las ideas de la fe y de la sana razón, la historia conserva sus derechos, y de ellos nos serviremos con toda sencillez. Por lo demás, no hay que olvidar que escribimos la historia, teniendo á la vista los documentos del proceso de Beatificación, esto es, los escritos más serios, y auténticos que pueden consultarse, y que, después de tan severo examen, el infalible oráculo del Soberano Pontífice ha colocado á José en los altares. Y esto nos pone frente á frente de este dilema: ó en todos aquellos acontecimientos extraños tuvo su parte de culpabilidad, y entonces no es Santo, y esto es una blasfemia; ó sus perseguidores obraron injustamente, unos por ignorancia, otros por maldad, y esto puede encubrirlo la historia por prudencia y por respeto, pero el lector no podrá dejar de adivinarlo, pues San José fué canonizado.

El 2 de febrero de 1630 escribía nuestro Santo: «Diga V. R. »al P. Provincial de Nápoles que sea muy prudente en la admisión de Novicios, sobre todo, cuando son avanzados en edad». Y precisamente aquel mismo año, 1630, dió el hábito el Provincial al que había de ser causa de tantos desastres. Había entonces en Nápoles un sacerdote de unos cuarenta años, llamado Mario Sozzi. En adelante le llamaremos solamente con el nombre del bautismo, el único con que lo nombran los historiadores. Testigo de la gran estimación en que se tenía al Instituto de las Escuelas Pías, quiso encontrar en esta Orden los honores y las comodidades que le negaba el siglo á causa de sus pocos talentos, y de la carencia de los conocimientos necesarios. Hábil para hacer toda clase de papeles, arrojóse á los pies del Padre Provincial, y le pidió el hábito religioso con las más vivas instancias, para satisfacer, como él decía, los deseos de su piedad y su ardiente celo por la salud del prójimo. Debía el Provincial haberse informado mejor, pues el fin y las necesidades de las Escuelas Pías no podían permitir que se recibiera á un hombre tan ignorante, y de tanta edad para comenzar los estudios. Admitido en el Noviciado en 1630, continuó desempeñando con la mayor habilidad su papel hipócrita durante los dos años de probación, y pasó á hacer la profesión solemne. Pero una vez

desembarazado de los encogimientos del Noviciado, cuando se vió ligado al Instituto, como estaba ligado el Instituto á él mismo, aparecieron con toda claridad sus vicios. Siempre ha habido mucha facilidad en Italia para la ordenación de los sacerdotes; pero no ha habido menos dificultad para aprobar á los directores de almas: se les somete á severísimos exámenes de moral. Ignorante como era Mario, no pudo pasar en aquellos exámenes. Ya profeso, pretendió aquellos cargos que exigen esta aprobación; pero José fué inexorable. «Que sufra primero »el examen ante los jueces diocesanos, decía, y le trataré después como á los demás». Entonces concibió ya Mario el proyecto de vengarse, porque estorbaban sus planes de ambición las justas exigencias del General. Viendo, pues, que muchos de sus Hermanos pedían la facultad de pasar á otras Ordenes, el malvado pidió también pasar á los Camandulenses. Más que él lo deseaba José, como escribió el 18 de marzo de 1634: «Me han »pedido los tres entrar en los Camandulenses:—pues habíase »ganado Mario á dos de sus Hermanos—cualquiera que sea la »pérdida que pueda experimentar nuestra Religión, estoy en la »persuasión de que es un gran bien para nosotros, pues quedaremos libres de esos Religiosos inquietos y orgullosos».

No tardaron mucho en convencerse de que Mario era embustero, é insubordinado, de que faltaba á la pobreza, sembraba discordias entre los Hermanos, contaba á los seculares las faltas de los Religiosos, aumentándolas muchas veces hasta la calumnia. Objeto de aversión para todos, hubo necesidad de cambiarlo de Colegio. Oyendo nuevas quejas el Cardenal Protector Cesarini, ordenó á José en noviembre de 1639 que mandase á Mario que fuera á Roma, donde continuó haciéndose insoportable á todo el mundo. Se le envió á Florencia, pero fué tan ruin su conducta y tan vivas las reclamaciones, que nuestro Santo se vió obligado en 1640 á enviar un comisario para hacer una investigación, oír las acusaciones de los Religiosos y las explicaciones de Mario, debiendo dar cuenta de todo á la Congregación General. Mario estaba perdido: las quejas eran unánimes, pero le salvó una circunstancia extraordinaria. Como tenía muchas relaciones fuera de casa, é intrigante se metía en todo, tuvo la suerte de descubrir una reunión de herejes que tenía lugar en una escuela de niñas dirigida por una mujer llamada Fausta ó Faustina. Se había librado ella de toda sospecha, y extendía á su sabor la herejía. En aquellos tiempos reprimíase con gran severidad toda suerte de novedades, sobre todo en Italia, cuando diariamente se veían correr ríos de sangre en las naciones en que dominaba el error. Dueño de aquel secreto, lo explotó Mario en provecho propio, y denunció á Faustina al P. Inquisidor de Florencia, con lo que se ganó el reconocimiento y el afecto de la Inquisición, y sobre todo, del Presidente. Nada perdió por su falta aquel desgraciado; pidió al punto, y obtuvo del Inquisidor cartas de recomendación para



el Padre Comisario del Santo Oficio de Roma, y para su Asesor, Mgr. Albizi. Dióse prisa por llegar en el mes de octubre de 1641, no tanto para evitar el castigo que, según el proceso, debía imponerle el General, cuanto para obligarle, gracias al apoyo que tenía del Santo Oficio, á que le nombrase Provincial de Toscana, y ¡cosa increíble! lo consiguió, gracias á la intervención de la Inquisición. Quizá debiera José haber resistido, dando las explicaciones necesarias, porque ¿cómo se podía enviar á Florencia en calidad de primer Superior al que nadie había podido soportar como súbdito? A tanta distancia de los sucesos, no podemos juzgar con equidad la conducta del General, lo cierto es que se sometió inmediatamente, y que Mario entró triunfante en una ciudad en que hacia poco había sido condenado. Había obtenido más aún, como se ve por un carta de José dirigida al Venerable P. Apa, bien conocido de nuestros lectores, llamado por Mario á Florencia: «Comunico á V. R. que la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que no obra sino según las órdenes de su Santidad, ha resuelto que vuelva el P. Mario á Florencia con el carácter de Provincial de las Escuelas Pías, pudiendo escogerse los súbditos que él quiera. Con toda mi voluntad me he sometido á esta resolución, y he dado orden á cuantos ha escogido ese Padre, para que lo más pronto posible se dirijan á Florencia; y recomiendo á todos expresamente que se sometan á lo ordenado por la Sagrada Congregación. No vacile en obedecer V. R.» Citaremos también otra carta de José: importa mucho dar á conocer su admirable sumisión á un Decreto tan incalificable, porque no tardarán mucho en acusarle de rebelde. «Hago saber á V. R.—el P. Bresciani—que el Santo Oficio ha nombrado al P. Mario Provincial de Toscana por los servicios prestados en el asunto de Faustina. Tiene facultades para nombrar ministros, subministros y los demás Superiores. Debe, pues, V. R. reconocer al P. Mario como á Superior, y ejecutar sus órdenes.»

Llegado á Florencia, no reconoció límites la insolencia de Mario. Obligó al General á descomponer todas las casas de las otras Provincias, pidiéndole los Religiosos según su capricho, tratando hasta de quitarle su Secretario el P. Brandoni, para enviarlo á Ancona. Callóse José á ejemplo de su Divino Maestro, y obedeció hasta la muerte, y ¡qué muerte! la muerte de Cruz.

Entre tanto, con gran pesar de José aumentaba la rivalidad que durante muchos siglos había de existir entre las Escuelas Pías y otra Orden que trabajaba en el mismo campo.

Un profesor de Chieti, acaso sin reflexión, había dictado en clase una composición que debía escribirse en latín, y en que se ridiculizaba á algunos profesores nuevos é ignorantes. En aquel cuadro pintado con tan vivos colores creyeron reconocer los habitantes de la ciudad á los religiosos de las Escuelas Pías. Ofendiéronse éstos vivamente, y enviaron la composición al R. P. Muzo Vitelleschi, General de la Compañía de Jesús, que-

jándose amargamente de aquel Profesor. José llevó muy á mal aquella queja, y escribió al P. Anolfi, Ministro de las Escuelas Pías de Chieti: «He recibido copia de la carta que los Padres de esa casa han dirigido al P. General de la Compañía de Jesús, quejándose de que un Padre de la Compañía ha dictado un texto en que se ridiculiza á algunos maestros nuevos y desprovistos de ciencia. Si han enviado esa carta sin pedir permiso, han obrado mal, y merecen buen castigo, porque debemos soportar con la mayor paciencia todas las mortificaciones que nos proporcionen, y de ninguna manera debemos atraernos la aversión de una Religión tan digna de respeto, y tan admirada por todos. He tenido gran disgusto, pues no es el medio de fundar nuestro Instituto en la virtud de la humildad que debe ser siempre nuestra base.»

Alguien, que no nombran los historiadores, hacia todos los esfuerzos para impedir el establecimiento de las Escuelas Pías en Vercelis, en Alemania, en Polonia, y sobre todo, para poner obstáculos á la fundación de los Noviciados en que se formaban los futuros apóstoles, lo que sentía amargamente José. En aquellas casas de provación recibía á jóvenes de poca edad sometidos enteramente al Reglamento del Noviciado, pero completando sus estudios, mientras esperaban el tiempo en que pudieran recibir el hábito religioso.

Nuestro Santo no tenía más que una ambición personal: librarse de la carga de General para terminar sus días en un Noviciado. Pero oponiáanse constantemente sus Asistentes, sus mejores Religiosos y su Confesor, haciéndole ver que la voluntad de Dios era retenerlo en aquella cruz para la conservación de la Orden. Regocijábanse, por el contrario, los Padres de fuera, pensando que podrían tenerle consigo. El 26 de enero de 1642 le escribía el P. Conti, Provincial de Alemania. «Si quisiera ó pudiera V. P. cumplir el deseo que manifestó el año último, de retirarse para unirse más íntimamente con Dios, podría venir á nuestros países. Con la ayuda de Dios me encargaría yo de que viniera aquí con las menos molestias posibles, atendida su avanzada edad.»

Estaba cansado de su dignidad por sus grandes virtudes, no habiendo necesidad de que viniesen en su ayuda las faltas y los vicios de los demás. El famoso P. Ambrosi en quien nos hemos ocupado ya demasiado por desgracia, le causó todavía un grandísimo dolor que fué ya el último. Hizo declarar nula su profesión, á pretexto de que violentando su libertad sus padres, le habían hecho profesar, y salió de la Orden el 25 de marzo de 1642. No valía la pena poner en danza á los duques de Toscana, á su Embajador y á los grandes Prelados de Roma para hacerse ordenar á disgusto de su Superior. Aquel desgraciado llegó á ser ingeniero militar del Cardenal Rapaccioli, legado de los ejércitos del Papa; pero poco después cayó gravemente enfermo, y fué llevado á Roma á la casa de su madre que vivía en



la más grande miseria. Privado de todo, y abandonado de todos, no lo fué de su anciano General. Apenas supo su estado, corrió á su casa, le prodigó todos los cuidados, y le procuró todos los auxilios necesarios con caridad por lo menos tan grande como la ingratitude de aquel hijo desnaturalizado que tanto había contribuido á las desgracias de la Orden con sus pretensiones, argumentos y murmuraciones interminables.

En aquel tiempo, y esperando el día en que le sorprendiera la justicia de Dios, se hacía más malvado cada día Mario. No sólo descomponía todas las casas, tomando los individuos que más le agradaban, sino que se proponía pedir aun aquellos cuya presencia era absolutamente indispensable en algunos Colegios. A cuantas observaciones se le hacían no tenía más que una respuesta. «Hago lo que quiero y como quiero.» Con aquellos incesantes cambios, se quería tender un lazo al General, esperando que por último se negaría á alguna de aquellas mudanzas. Pero era demasiado prudente José para caer en aquellas redes: sabía con quien trataba, y la gran protección que se le dispensaba. Por eso le escribía diciendo: «En cuanto á las p»tentes que me envía V. R., puede V. R. darles curso por sí mismo, pues tiene autoridad para ello. Lejos de pretender contrariar á V. R., estoy, al contrario, enteramente dispuesto á ayudarle, cuando lo necesite, y si en nuestra Religión hay algún individuo que pueda serle útil, se lo enviaré al punto.»

El mismo día en que escribía José esta carta, 22 de marzo de 1642, llegó á San Pantaleón un escribano de la Inquisición á consecuencia de las intrigas y calumnias que llevaba al Santo Oficio, y que hacía que comunicase el Padre Inquisidor de Florencia. Llevaba órdenes del Santo Tribunal y del Padre Comisario de notificar al General en presencia de sus Asistentes, del Procurador General y de muchos testigos que debían buscarse, el mandamiento de enviar sin réplica á Florencia todos los Padres que había pedido Mario, so pena de grave castigo impuesto por la Sagrada Congregación, si manifestaba la más ligera oposición al cumplimiento de aquella orden. Había cometido Mario la infamia de quejarse de negativas del P. General, cuando sabía muy bien que no hacía más que calumniarle. José le decía el 29 de marzo: «Para mayor seguridad de V. R., cuando pida nuevos súbditos desearía que hiciera llegar la petición por intermedio del Rvd. Padre Comisario de la Inquisición, al cual haré ver la prontitud con que cumplo con mi deber; de esta manera no se me podrá acusar de negarme ó de experimentar disgusto en ejecutar sus órdenes.» Había sido engañada la Inquisición por las calumnias de Mario, pues componíase de muy santos Prelados que tenían y merecían toda la confianza del Papa. Acaso les faltó perspicacia y prudencia. ¡Era tan hábil y tan intrigante Mario! ¡Estaban tan bien presentadas, y aparecían tan plausibles sus calumnias! Había prestado, como él decía, un gran servicio al Santo Tribunal descubriendo ia herejía oculta de Florencia.

Nadie más que él había descubierto aquello, y envidioso su General, no le perdonaba el haber hecho más que los demás: de ahí las vejaciones porque se le hacía pasar: era mártir de la buena causa, y debíale ayuda y protección la Inquisición por la cual sufría. Como se ve, abogamos en conciencia por las circunstancias atenuantes, y la prueba de que aquellos Prelados obraban de buena fe, está en que todos reconocieron lealmente su error en el proceso de Beatificación. ¿Podía obrar José con más corrección? Tomamos la primera carta que nos viene á la mano, dirigida el 5 de abril á Pisa, al Padre Scassellati: «Esfuércense »Vuestra Reverencia y todos los demás Padres por dar gusto »al Padre Mario, ejecutando todas sus órdenes, porque tiene la »autoridad de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, á la »cual jamás se puede desobedecer aun en las cosas más pequeñas.» Y sin embargo, seguía quejándose Mario. No contento con gobernar sin intervención de nadie aquella Provincia de Toscana, de la cual era verdadero Superior General, descomponiendo, según su capricho, todas las casas de la Orden, obligando á José á hacerlo todo á su gusto, como se vanagloriaba públicamente, quería ingerirse también en los negocios de Estado. Diríase que había tomado para sí la célebre divisa *¿Quo non ascendam?* Frecuentaba habitualmente el palacio del Gran Duque, y sobre todo la Secretaría de Estado, donde conocía algunos empleados educados en las Escuelas Pías. Hacía regalos para ganarlos, y poder sorprender los secretos del Gran Duque. Allí le esperaba la Providencia para imponerle una buena humillación, que concluyó por lastimar más gravemente á José. Habiendo descubierto sus manejos el Ministro Secretario de Estado, le suplicó que no se acercase más á las oficinas; y como Mario no tuvo en cuenta para nada aquel aviso, lo acusó el Ministro á su soberano, que le intimó la orden de no poner más los pies en palacio. Furioso Mario, creyó ó fingió creer que aquel golpe le venía de su General, vengándose de todas las vejaciones que le había hecho sufrir hacía tanto tiempo. Era desconocer la hermosura de alma de José, incapaz de la venganza. Dirigióse á casa del Padre Inquisidor de Florencia, le repitió el cuento sobre el odio que le tenía su General, después que había descubierto la reunión de los herejes, su venganza de la cual no había podido librarle el Santo Oficio, ni aun nombrándole Provincial independiente. No se perdieron en el vacío aquellas lamentaciones, como veremos más tarde. Mientras que de esta manera preparaba su ruidosa venganza, no podía digerir la afrenta que le había hecho sufrir el Gran Duque. Creyó que podría conseguir que cambiase de parecer prodigando obsequiosos rendimientos; y aprovechando la fiesta de San Juan en que acostumbraba Fernando presentarse á sus súbditos, quiso comparecer ante el Príncipe. Allí estaba entre la multitud de caballeros que esperaban al Gran Duque en una sala para acompañarle en su salida. Escogió el lugar más público para



atraerse las miradas del Príncipe, presentándole con más facilidad sus respetuosos homenajes. Pero al verle el Gran Duque, creyendo que Mario se había propuesto desafiarle públicamente, lo hizo expulsar inmediatamente de su presencia, con orden de salir de Florencia en el término de veinticuatro horas. ¡Qué golpe para el orgullo de Mario! Cubierto de vergüenza y confusión entró en su cuarto, y antes de marchar dirigió este billete al Padre Inquisidor: «Para vengarse el P. General de haber sido nombrado yo Provincial por el Santo Oficio, ha hecho que el Gran Duque me destierre violentamente: parto al momento, pero estad seguro de que beso vuestros pies. Escribid á Roma al P. Comisario, y al Señor Asesor de la Inquisición; yo les escribiré desde Pisa. Después de hacer la visita de algunas casas de la Provincia, me dirigiré á Roma.» Todo sobresaltado el Padre Inquisidor de Florencia, escribió, según le decía Mario, á los Ministros del Santo Tribunal, los cuales llamaron al P. General, y le reprendieron con toda severidad, amenazándole con castigo más terrible, si lo antes posible no trataba de reparar la falta. Púsose de rodillas José para recibir aquella reprimenda, como lo hacía siempre en casos semejantes ante sus Superiores. Cuando terminó el acto, respondió modestamente: «Me causa mucha tristeza el destierro del P. Provincial de Toscana, y ésta es la primera vez que oigo hablar de cosa semejante. Examínese el hecho, y se verá que no tengo culpa alguna: ni siquiera le conocía. Pronto estoy á trabajar para que vuelva á aquella ciudad, y suplico que me ayuden en mis diligencias.» No sabemos el efecto que produjo aquella respuesta en el ánimo de los Inquisidores; las consecuencias manifiestan claro, que no disminuyeron sus prevenciones.

Echado de Florencia Mario, se retiró á Pisa: resolvió hacer la Visita de algunas casas de la Provincia para hacerse con dinero; no era poco el que necesitaba para aquel género de intrigas; pero negáronse á recibirle los Padres de las Escuelas Pías de Pisa, porque no estaba anunciada la Visita, y no se hacía canónicamente. La misma respuesta le dieron los de Fanano, recordándole que había sido procesado. Siendo recibido del mismo modo en Pieve y Ancona, renunció á continuar la Visita. Pero no dejó de escribir al Padre Inquisidor de Florencia, diciéndole que por los consejos del P. General se habían negado á someterse á su autoridad, y que diese inmediatamente aviso á Roma. A fin de julio de 1642 llegó Mario á la Ciudad Santa, donde es increíble todo lo que hizo. En San Pantaleón, ante el Padre General aparecía sencillo como un niño y manso como un cordero; pero en el Santo Oficio, ante el Padre Comisario y Mgr. Asesor, era pérfido como un zorro, multiplicando las calumnias contra el bienaventurado Padre. El era el que había hecho que lo expulsasen de la Corte, y el que había ordenado á los Religiosos que no recibiesen la Visita, y todo para vengarse de la benevolencia con que lo recibía el Santo Oficio, y sobre

todo, por haberlo hecho Provincial. Aquellas calumnias en que no había palabra de verdad, estaban apoyadas por las cartas del Inquisidor de Florencia, y compréndese fácilmente la impresión que debieron producir en un Tribunal tan sombrío por naturaleza, y que tenía necesidad de mantener intacta su autoridad para cumplir la difícil misión de conservar la fe en Italia. San José despreciaba sus órdenes, persiguiendo á sus protegidos: era pues de su incumbencia llamarlo al orden. Viendo estos acontecimientos á tanta distancia y en conjunto, con dificultad comprendemos tan injustas severidades, cuando con una investigación minuciosa podía hallarse fácilmente la verdad. Lo permitió la Providencia de Dios para hacer de nuestro Santo un cumplido modelo de paciencia en medio de todas las persecuciones. No estamos más que al principio, pronto tomarán el carácter de atrocidad hasta la muerte deplorable de Mario, que llegó demasiado tarde, cuando estaba hecho todo el mal.

El Cardenal Cesarini, Protector de las Escuelas Pías, veía más claro que el resto de sus compañeros, y sospechaba gravemente de Mario: pidió, pues, al P. General que le contase los motivos de su destierro de Florencia. José los ignoraba por completo; los Padres de Toscana tenían demasiado miedo á la ruina de su Provincial y á la severidad del Santo Oficio, para atreverse á escribirle. Cesarini no aceptó aquella explicación improbable: no era posible que aquellos desgraciados Padres anonadados por el despotismo de Mario, resistieran á la necesidad de desahogarse con él: de lo cual deducía que el Provincial interceptaba las cartas. Mgr. Cecchini, Arzobispo de Florencia, le había escrito que, rebelde Mario á sus superiores Religiosos, se había negado á someterse á su propia autoridad. Aquella carta que venía directamente del Arzobispado, no había sido interceptada como las otras. Resolvió, pues, poner en claro aquel negocio apoderándose de improviso de todos los papeles de Mario, tanto de los que tenía en su cuarto, como de los que llevara consigo. Ordenó á su Auditor, el Conde Corona, que se dirigiese á San Pantaleón, sin dar noticia á nadie, excepto al P. General, y que ocupase todos aquellos papeles en presencia de testigos jurídicos. Asustado José ante las consecuencias, se dirigió á casa del Cardenal, le suplicó que revocase aquella orden que había de ser causa de graves trastornos, porque Mario estaba bajo la protección de la Inquisición. Contestó Cesarini que también él era miembro de aquel Tribunal, que le garantía las consecuencias; pero que quería poner fin á la audacia de aquel insolente. *Sit nomen Domini benedictum* respondió el Santo con resignación, bajando la cabeza ante su Superior. La tarde del 7 de agosto de 1642 llegó á San Pantaleón el Conde Corona, hizo inmediatamente el embargo, é inmediatamente escribió también Mario á Mgr. Asesor. «Esta tarde me han quitado todos los papeles del Santo Oficio que tenía en mi poder el P. General, sus Asistentes, el Procurador General y



»el Secretario. Le aviso á usted para que tome las medidas más »convenientes.» De genio muy vivo y de carácter muy ardiente parecía ser el Asesor, Mgr. Albizi: para defender su causa se armó de un celo que hubiera sido muy plausible, si hubiera sido verídico el hecho. Obrando con calma, hubiera comenzado por una indagación; pero hacia tanto tiempo que recibía quejas de nuestro Santo, y denunciando aquélla un hecho incalificable, no tuvo tiempo para reflexionar. A la mañana siguiente, 8 de agosto, se dirigió al palacio del omnipotente Cardenal Secretario de Estado, Francisco Barberini, sobrino del Papa, y le expuso con amargura los indignos ultrajes que con grave ofensa de la Inquisición hacia sufrir el P. José á aquel Mario protegido del Santo Oficio, mostrándole el billete que había recibido la víspera. A su colmo llegó la emoción del Cardenal sobrino, pero fué mayor todavía la del Soberano Pontífice, celoso del honor de un Tribunal que de tal manera atendía á la conservación de la fe. Y el mismo Urbano VIII fué el que ordenó encarcelar á los culpables, esto es, al General y á todos los miembros de su gobierno. Dudó sin embargo el Cardenal sobrino en lo que tan claro veía el Asesor. «No creo, le dijo, que el General, hombre »de tanta bondad, se haya dejado llevar de la pasión hasta cometer una falta tan grande.» Ante aquella tan fundada duda ¿por qué no difrieron tan escandalosa ejecución? Mario había conseguido cegar al Asesor.

Mandó Mgr. Albizi á Barigel (capitán de arqueros del Santo Oficio) que reuniera el mayor número posible de guardias, y cercase la casa de San Pantaleón, guardando todas las salidas, para que nadie pudiera entrar ni salir. Ejecutadas aquellas órdenes hacia las once de la mañana, se hizo salir á todos los alumnos de las Escuelas, y apareció entonces el Asesor que entró directamente en la Sacristía preguntando por el P. General. José, que pasaba gran parte de la mañana en la Iglesia, y que acababa de decir la misa, se presentó al punto para saludar respetuosamente al Prelado: pero éste le contestó brevemente levantando la voz: Sois prisionero del Santo Oficio.—He de seguir á V. como estoy, contestó simplemente José, ó me da tiempo para ponerme el manto y el sombrero?—Sin contestar á aquella pregunta, le ordenó Albizi que hiciera comparecer á sus Asistentes, al Procurador General y al Secretario, porque también debían ser presos. Faltaron dos Asistentes: el P. Castelli dirigía entonces el Colegio Nazareno, y el P. García estaba enfermo en cama: no habían podido asistir á la escena de la víspera. Los otros dos, los PP. Catalucci y Cassani con el Procurador General, P. Constantino, se dirigieron inmediatamente á la Sacristía. El P. Bandoni, Secretario, y el más íntimo de los hijos de José, estaba en el altar, y no había hecho más que comenzar la misa: había llegado á la Epístola, y creyéndole el Asesor incurso en las censuras pronunciadas contra los que violan los papeles del Santo Oficio, le ordenó que interrumpiera

inmediatamente, y lo hizo despojar de los sagrados ornamentos. Reunidos así los cinco, mandó Albizi á los alguaciles que los condujesen á las prisiones de la Inquisición del Vaticano. Comenzó entonces una escena que recuerda la de la Pasión.

Situado San Pantaleón en un barrio populoso, en la calle llamada Papal, cerca de la hermosa plaza de Navona, la presencia de los soldados hizo que acudiese numerosa muchedumbre, como se reúnen en las grandes ciudades en casos semejantes. Se obligó á un millar de alumnos á atravesar el cerco de soldados, y muchos esperaron para ver lo que sucedía: nada faltó para aquel gran escándalo. Con la velocidad del rayo se propagó la noticia, y pronto se supo en toda la ciudad que en las Escuelas Pías se habían hecho aquellas prisiones. La muchedumbre aumentaba en todas las calles por donde debía pasar la comitiva para ir al Vaticano; pusiéronse en marcha á las doce del día: era viernes. Los cinco criminales marchaban en dos filas entre dos hileras de alguaciles. José sobresalía por su elevada estatura, con la cabeza descubierta, con los cabellos blancos y con la majestad de sus ochenta y seis años. Mgr. Albizi cerraba la marcha con su carroza. Se dirigieron hacia la plaza de Pasquin, después por la calle Papal, escogiendo con preferencia los barrios más frecuentados, hasta el puente Sant-Angelo. Todas las miradas olvidaban á los otros Padres, para fijarse en San José que se distinguía entre todos; y el pueblo emitía á su sabor sus juicios. Pocos había tan conocidos en la ciudad, porque hacia cincuenta años que era el Padre de los pobres y de los desgraciados: había fundado una Orden que había educado incalculable número de niños hechos ya hombres; y sus innumerables milagros habían aumentado más y más su reputación. Estaban acostumbrados á mirarle como á Santo. Los más prudentes de los espectadores pensaban que había sido calumniado, permitiéndolo así el Señor que quería depurar su virtud; participaban de su pena, y lloraban de compasión. ¡Ah! eran los menos, como las santas mujeres del Calvario. El mayor número, como conocían la santidad de José y la integridad proverbial del Santo Tribunal, no sabían qué pensar, y comenzaron á dudar. En fin, una minoría compuesta, como siempre, de la hez del pueblo, lo injuriaba, lo llamaba hipócrita, y le seguía con sus gritos y con su cobarde palmoteo, como lo hace siempre la canalla en momentos parecidos. José marchaba á paso firme, sin turbación, con gravedad, con los ojos bajos, soportando sin ceño aquella larga vergüenza, pues por el camino escogido tenían que andar más de tres cuartos de hora para llegar al Vaticano. Como depusieron los testigos en el proceso de Beatificación «se veía en su dignidad que era español y de sangre real». Sin embargo, si no faltaba la fortaleza en su alma, horriblemente debió sufrir su cuerpo. A su edad, andaba con la cabeza descubierta, bajo los rayos de un sol abrasador, mortal, diríamos mejor. A mediodía, en el ardiente clima de Roma, ha-